

Prusia enemiga implacable del Austria. Con estos tres elementos el mundo europeo podía descansar en paz.

IX

Aquí, en esta declaración debió, según mi sentir y entender, quedarse fijo el imperio. Esta política suponía una inteligencia con Prusia, Inglaterra, Italia y Francia contra los dos factores del viejo espíritu reaccionario, contra Rusia y Austria. Penetrado el imperio de que tal política previsoramente convenía mucho al pueblo francés y á la paz europea debió seguirla con aquella porfiada tenacidad que requiere toda política de altos conceptos y providencial empeño. Mas, para seguirla, precisaba dar de mano completamente al sueño de la reivindicación del Rhin y á los preparativos constantes de una guerra próxima. Un desarme rápido y no el armamento formidable; una política de libertad y no una política de cesarismo convenía en aquellas extraordinarias circunstancias. Pero había en Francia una opinión predominante que no se resignaba de suyo á la prepotencia prusiana y que pedía con tenacidad la declaración de guerra pronto. Los espíritus previsores y elevados no querían la guerra; pero el pueblo, muy ufano de antiguo con su hegemonía en Europa, no quería resignarse á compartirla con ningún otro pueblo y menos con el aborrecido pueblo alemán. Girardin, el excelso periodista acostumbrado en su larga y gloriosa existencia de publicidad constante á decir la opinión universal antes de la opinión propia, después de haber publicado durante un quinquenio, artículos y más artículos con el expresivo título de guerra á la guerra, turbó la paz moral francesa echando combustibles al fuego devorador de las pasiones. Todavía publicaba los apotegmas recogidos en los libros más sabios y de las plumas y de las lenguas más ilustres á favor de la paz perpétua y ya predicaba la guerra con el prusiano á todo trance.

Pero lo que más determinó este movimiento á favor de la guerra fué un discurso pronunciado por Thiers en fines del año 66 contra la circular de La-Valette arriba mencionada. El gran orador se propuso demostrar que los engrandecimientos de Italia y Alemania sólo habían servido para disminuir á Francia y que la política verdaderamente nacional consistía en deshacer todo lo hecho. Para M. Thiers, desde los tiempos de Luís XI y Carlos VIII esta-

ba definido el proceder que debía seguir Francia en su política internacional. Todos los reyes franceses tendieron á concluir con la prepotencia española. A tal impulso las mayores guerras de Francia obedecieron por más de trescientos años. Bayardo murió por disputarnos el dominio de Nápoles; Francisco I quedó cautivo por disputarnos el dominio de Milán; Enrique II favoreció á los protestantes alemanes, por combatir nuestro predominio en Germania; Enrique III combatió á la liga de los católicos dentro de París, porque la liga católica tenía su clave y su representación en España; Enrique IV fué á Ybri: en alas del odio á la nación vecina; Luís XIII y sus ministros fueron á Rocroy y Richelieu mismo, á pesar de su dignidad cardenalicia, sostuvo á los luteranos contra los católicos porque los luteranos iban contra España y contra su prepotencia en el centro de nuestra Europa; trabajo inmenso de tres siglos que no concluyó sino después de haber Luís XIV dicho como los Pirineos habían desaparecido y como su propia casa y familia dominaba en la península española por medio de Felipe V. Según Thiers, Francia no podía vivir más que rodeada por naciones débiles, disminuídas, rotas, que hubieran menester su autoridad y su tutela. Por consecuencia, todo lo que había hecho el imperio á favor de la unidad italiana y de la unidad germánica disminuía, por lo menos contrastaba mucho la política tradicional de Francia que iba poco á poco descendiendo en la escala de su poder y de su influjo hasta convertirse por desgracia en potencia de orden secundario.

Este maravilloso discurso, uno de los más elocuentes que se hayan jamás oído en Europa, flaqueaba por su base, pues, ofrecía en su argumentación lados tan vulnerables, que merced á ella podía entrar en el seno de Francia la enemiga y el odio de todos los pueblos. ¿Cómo? La nación central de nuestra Europa, colindante con casi todas las grandes naciones continentales, colindante con Italia, colindante con Alemania, colindante con España, vecina de Inglaterra, proclamaba por medio de su orador más respetado ante la Europa entera que Francia no podía vivir sino circuída por fragmentarios pueblecillos semejantes á un enjambre de innominados aereolitos, restos de planetas, pavesas de soles. Aquel discurso parecía dicho para concitar contra Francia todos los odios europeos. Pero hería en el corazón al imperio y Thiers no se curaba en aquel momento de ninguna otra cosa más que de tal fin y objeto. Exacerbado el orgullo francés á la caldea-

mismo terror popular, que los produce, provoca y atrae los golpes de Estado. Yo pregunto sino porque se da el caso de morir estas asambleas agitadas por la fiebre revolucionaria y popular á un golpe de Estado en casi todos los pueblos. A un golpe de Estado cayeron las asambleas del 48 en Francia y á otros tantos golpes de Estado concluyeron las respectivas asambleas constituyentes de Prusia, y Austria y Alemania. Lo que hicieron Bonaparte y los suyos el 2 de Diciembre, hicieronlo Manteuffel y Windigraets con las asambleas constituyentes de Viena y de Berlín. Leyendo la historia de Alemania en aquellos días, parece leerse la historia de la República francesa durante las jornadas de Julio y las violencias de Mayo. Como allí se observan por todas partes grietas abiertas al sacudimiento revolucionario, también se observan aquí, Francfort, Viena, Berlín, arden todas á una en el fuego de revolución espantosa. Ensangriéntanse aquellas calles porque las mismas muchedumbres generadoras de las asambleas han concluído por aborrecerlas y maldecirlas. Muchos diputados cambian la tribuna por la barricada, y soltando el cetro de las leyes, empuñan el fusil de las revoluciones. A estos errores de las democracias suceden grandes reacciones, y como triste fruto de estas reacciones sobrevienen y llegan los terribles y pavorosos golpes de Estado que detienen el movimiento de las democracias empujándolas hacia atrás.

Pero no cabe dudar. Se hallan en el suelo pródigo los gérmenes de las soluciones venideras. Estos gérmenes parecen extirpados y concluídos, cuando van extendiéndose bajo tierra en una descomposición indispensable, que no será su ruína, que será su renacimiento. El pueblo italiano y el pueblo germánico y el pueblo húngaro, no sabían el año 48 á quien fiar su libertad. Necesitaba indudablemente de un poder bien organizado y fuerte para establecerse y para triunfar. En parte alguna se observan con tal claridad la perenne ascensión de los pueblos á su derecho y soberanía como en las obras sociales, obras verdaderamente geológicas. Rotos los demócratas franceses, rotos los demócratas húngaros, rotos los demócratas itálicos, no había más remedio que buscar soluciones evolutivas y templadas para el triunfo de la democracia. Así Alemania debió confiar su indispensable unidad á Prusia, Italia por su parte al Piamonte, Hungría tan rebelde á toda reconciliación de suyo el año 48 á Deak, y Francia también, para establecer su república y organizarla con alguna fuerza, tuvo que apelar á los viejos con-

servadores y parlamentarios de quienes se había separado á tan larga distancia entre los horrores de la pasión revolucionaria.

Como se ve Italia y Alemania y Hungría buscaban soluciones análogas; la solución de su independencia y unidad dentro de relativas libertades. Mas el imperio francés, contradicción viva en su política interior, debía también resultar contradicción manifiesta en su política extranjera. Así como creía representar los principios del 89 con el sufragio universal y tomaba formas imperiales, creía representar la causa de las nacionalidades y contrastaba por medio de su ocupación en Roma la unidad italiana, y combatía por medio de maniobras diplomáticas la extensión de Prusia. En el fondo no sabía qué hacerse. Su tradición le llevaba como de la mano á romper los tratados del 15, y una corriente grandísima de opinión á sostener estos tratados. Y mientras el imperio francés no sabía qué hacerse, ¡oh! sabíalo Prusia con toda perfección y á ciencia cierta. Como el Piamonte representaba la unidad de Italia, Prusia representaba la unidad de Alemania. Pero había una diferencia entre uno y otro Estado, á saber, que mientras el Piamonte representaba la unidad con la libertad, Prusia representaba la unidad con la guerra. Y representaba la unidad con la guerra porque sabía que para imponer su pensamiento así dentro cual fuera de Alemania, necesitaba de que sus legiones le granjearan una ruidosa victoria, pues ni los pueblos la seguían, y la detestaban hasta los gobiernos y los Estados alemanes sujetos á perecer en su victoria. Así, cuando Prusia inició su guerra con Austria, vióse abandonada por completo de los gobiernos alemanes, sino combatida. Entonces, delante de aquella contrariedad se constituyó el organismo nuevo político llamado con este título, Confederación de la Alemania del Norte. Por una singularidad verdaderamente germánica, los Estados rhinianos, que constituían parte de Prusia, se hallaban de su capitalidad y metrópoli separados por interposiciones verdaderamente increíbles, interposiciones concluidas con este arreglo que dió á Prusia mayor uniformidad y mayor consistencia. Pero esta mayor unidad y esta mayor consistencia provocó los enojos franceses y trajo consigo una terrible declaración de guerra. Sabida es la causa ocasional de tan grave conflicto. Organizada Prusia fuertemente para la guerra que vió venir desde su negativa terrible á ceder parte ninguna del Rhin, encontróse frente á frente de un César imprevisor, el cual no había hecho nada conducente á la victoria. Cuanto más en las

causas del conflicto prusiano ahonda uno, más claramente observa como la guerra, que Napoleon promoviera, no tuvo fin alguno, sino el puramente personal y dinástico. Mientras Italia y Crimea doraron las cadenas de los franceses con el falso brillo de la gloria militar, no hubo necesidad ninguna de invocar y traer las viejas libertades siempre deseadas y queridas; pero en cuanto la unidad alcanzada por Prusia tras la guerra de Austria se tomó por una derrota del imperio, tuvo éste que abrir un poco la triste losa puesta sobre la cabeza de los franceses y darles así aire como luz de libertad. Y en cuanto recibieron ese aire y esa luz de la libertad, comenzaron naturalmente á verse las hondas heridas que abriera el imperio francés así en el organismo como en el alma de Francia. Y reconociéndose la nación al dolor de las heridas exacerbadas por el aire y por el sol de la libertad, Napoleon tuvo que volver nuevamente á revestir los caracteres imperiales y tuvo que apelar al Plebiscito dentro de Francia y al combate fuera. En el Plebiscito buscó esta significación, la de su entera superioridad sobre las Cámaras, y en el combate esta otra significación, la de su gloria, con cuya virtud y eficacia podía dorar las cadenas de los franceses tan difíciles de soportar después que habían sido completamente deslustradas por sus derrotas. Y así, de tropiezo en tropiezo y de grandes errores en grandes errores, chocó Bonaparte con la guerra y en la guerra con la derrota. De tal derrota salió armado con todas sus armas el imperio alemán. En el ostentoso palacio de Versalles, á la vista del inmenso París bombardeado por los obuses germánicos, entre los relampagueos del siniestro incendio y los miasmas de una peste asoladora, reuniéronse como animales carniceros los reyes germánicos y proclamaron el imperio de la conquista y de la guerra. Este imperio tomó la forma siguiente debida de todo en todo á las provocaciones bonapartistas, tomó la mayor forma de unidad que podían comportar y soportar los fraccionamientos de Alemania. Pasó esta la línea del Mein defendida tantas veces á su paso por las tenacidades napoleónicas. Subió el presidente de la Confederación del Norte á emperador hereditario de Alemania entera. Alsacia y Lorena, con las dos ciudades tan amadas por los franceses, con las dos ciudades de Metz y Estrasburgo, quedaron incorporadas al imperio. Sesenta y cuatro años hacía que cayera el sacro imperio romano destruido por la victoriosa espada del primer Bonaparte, cuando surgía el nuevo imperio alemán merced á los errores del tercer Bonaparte.

Aquella inmensa monarquía de Carlo Magno fragmentábase ahora en dos porciones más apartadas y más divididas que lo estuvieron nunca jamás en tiempo alguno de la historia. Mientras componían los francos una república democrática, los alemanes componían un imperio protestante. Así es que aquel pacto de Carlo Magno, aquel pacto entre la Roma Pontificia y el imperio de Occidente se abrogó en este minuto supremo de la historia moderna. Pero el mundo no descansó, á pesar de haber salido en esta grande generación de ideas dos instituciones tan deseadas como la unidad germánica y la democracia francesa. Para nuestra desgracia y por nuestro mal, entre ambas instituciones se alzó un espectro tan terrible como el espectro de la guerra. Y al ver la guerra, no obstante los progresos, antojásenos haber adelantado muy poco. Pero no puede negarse que hemos salido casi de la revolución y que vamos á la evolución.

Quizás la señal mayor del carácter de nuestro tiempo es un cambio tan profundo, como el que nos trae desde la situación revolucionaria, iniciada el ochenta y nueve, á una situación evolutiva. La sublime aparición del hombre y su familia en el mundo es lo único que puede compararse con este advenimiento de la democracia universal. Pero esta universalidad del elemento democrático contemporáneo, cuya idea parece como el oxígeno en la creación, cuya fuerza, como las afinidades en moléculas y como las atracciones en moles, desconocíase por completo en los tiempos pretéritos, que llevaban en sus senos los residuos de las castas y con los residuos de las castas esa triste superstición del todo contradictoria con los principios democráticos, la superstición del privilegio. Con decir que las democracias de Atenas y de Roma tuvieron esclavos muy ceñidos á sus fundamentos, y que las ciudades en los siglos medios constituían una colectividad feudal, está dicho cuanto decirse puede ya sobre las diferencias entre las democracias históricas y las democracias modernas. Hay en el principio democrático, siquier esté sólo en sus rudimentos y comienzos, imperfecto, esbozado, incertísimo, una tan excelsa virtud que puede triunfar de los Faraones, como la tribu israelista; de los Daríos y Ciro, como las Repúblicas griegas; de los Tarquinos, como el pueblo rey; de los Barbarojas, como las ciudades lombardas; esparciendo ideales en la historia, que por la corriente del tiempo cristalizados, han podido transmitirnos cultura intelectual y estética como la griega ó la italiana; principios morales como los descendidos del alto Sinaí, entre relámpagos reveladores, en las